

Las infinitas cuentas atrás de Chronica Spellbound

Cuenta atrás nº6: Dentro de 45 minutos, me daré media vuelta y me enfrentaré a la legión apocalíptica

Chronica Apocalíptica, la “yo” terrible, trastornada, peligrosa, en la que podría convertirme, chasqueó su lengua. Sonó igual a un grupo de víboras hambrientas cuando ha entrado a la guarida una descuidada ratita de campo.

—Chrony, Chrony, Chrony... —Chronica Apocalíptica negó con la cabeza—. A veces creo que me evitas. O que no tienes tiempo para mí. Cuando a ambas precisamente si algo nos sobra es eso. Tiempo.

Las débiles antorchas del pasillo fracasaban en iluminarla. Solo atisbaba su contorno inquieto, como una pesadilla eléctrica. Mi imaginación fue a mil por hora para intentar recrear las partes de la enemiga que se ocultaban en las sombras. ¿Se movían los mechones descontrolados de Apocalíptica debido a la leve corriente o se retorcían por voluntad propia? Ese ruidito metálico, ¿se le había caído una moneda de sus bolsillos agrietados o quizás la cuenca de su ojo izquierdo se había tirado al vacío, harta de contemplar tanta masacre, tanto caos? Ese olor nauseabundo que emanaba casi en forma líquida de su cazadora. ¿Huevos podridos o...?

Mi pesadilla dio un paso silencioso. Iba descalza. Siempre iba descalza. Prácticamente desnuda; solo unos jirones mal colocados de lo que fue su cazadora habían sobrevivido al proceso de degradación de esta mujer.

La tenía a cinco metros.

Dio un par de pasos más.

Ayuda. Necesitaba ayuda. ¿Dar media vuelta? Imposible. Tardaría la vida en abrir de nuevo los portones. ¿Huir hacia

adelante? Si lograba esquivarla y seguir avanzando, llegaría a la Sala del Rezo, donde un buen puñado de hechiceros estaría concentrado en mantener el flujo mágico. Juntos podríamos acabar con ella. O al menos morir intentándolo. Ahora bien, ¿cómo evitar que me atrapara? ¿Cómo...?

—¿Ya estás pensando en huir de nuevo? ¡No me seas así! Dame solo un segundo de tu vida, Chrony. Yo a cambio...

Separó sus brazos. Dentro del espacio vacío que se creó entre ellos surgieron destellos verdes. Hospedaban algo en su interior. Tampoco pude fijarme demasiado porque giraban sobre sí mismos a una velocidad vomitiva. Con dos chasquidos, uno en cada mano, Apocalíptica apagó los destellos. Solo quedaron los objetos que habían traído de vete a saber dónde: manecillas de reloj. Retorcidas. Oxidadas. Puntiguadas.

—... te ofreceré todas mis eternidades.

Me señaló con su índice. Las agujas, sus fieles servidoras, volaron hacia mí como si fueran balas asesinas, hijas del rifle francotirador más letal. Por un instante aguardé el inevitable momento en el que me atravesarían y convertirían mi cuerpo en su nuevo reloj orgánico; cada hora sería señalizada por mis gritos, para dar cuerda habría que apretar mi corazón y girarlo hacia direcciones imposibles. No ocurrió. Solo me rodearon. Produjeron un zumbido como de insecto que ha decidido habitar en el oído y no se irá nunca.

Hubiera preferido que me acribillaran a permanecer a la espera.

Por instinto de supervivencia, retrocedí los brazos para pegar las manos a mi cuerpo, como si eso fuera a proteger nada. La palma que había cubierto el pecho notó algo a través de la cazadora.

¡Claro! ¡Eso era! Si conseguía sacar del bolsillo mi salvación y tocarla, tal vez encontraría en los desvanes prácticamente vacíos de mis músculos algún resorte definitivo que me permitiría huir, atacar o...

—Llevas el cinturón de seguridad desabrochado, Chrony. Deja que te ayude.

Las manecillas flotantes se juntaron, se enlazaron las unas a las otras como lenguas viscosas de alimañas en celo. Se convirtieron en un aro alargado y delgado. Antes de que pudiera abrir la solapa del bolsillo, el círculo de maldad oscura que me envolvía se cerró con tanta mala hostia que por un momento no sabía dónde acababa mi pecho y empezaba mi espalda. Me convertí en una fina e inmóvil raya vertical de puro miedo.

—¿Sabes? Creo que el problema radica en que no eres capaz de imaginar en quién te puedes convertir si me aceptas, si dejas de lado tu extraña misión de evitar mi nacimiento. Pero hoy es tu día de suerte, Chrony.

Si fuera mi día de suerte, ocurriría un terremoto que destruiría los cimientos de la Catedral sin Nombre y el techo se caería, aplastándonos a ambas.

¿Y por qué diantres el poder cronomántico no me había avisado de nada, absolutamente nada? Ni de que mi mayor pesadilla estaba al otro lado del portón ni de que me iba a lanzar ese hechizo constreñidor. ¿Se le habían acabado las pilas a mi voz parlanchina en el peor momento posible?

—Eres afortunada, Chrony. Por algún motivo que no acabo de entender, la gente huye al verme.

Se sacó de las profundidades movedizas de su cazadora un huesito afilado, con un trozo de carne colgando. Usó su lado puntiagudo para desatascar una de las manecillas bloqueadas de su ojo izquierdo, con forma de reloj. Al acabar, miró su utensilio óseo con fastidio y lo lanzó hacia la oscuridad que imperaba en su espalda.

—Pero tú... Tú siempre permaneces. Quieta. Aterrada. Callada. Pero permaneces. Me jode sobremanera que no te dignes a darme ni la hora, no lo negaré. No obstante, tu forma paralítica de vivir me ha dado la oportunidad de observarte. Conocerte mejor.

¿Cuántos hilos férreos del destino podría haber cercenado la breve sonrisa afilada que me dedicó?

—Vamos, que me caes bien, jodida. Así que... ¿qué tal una pequeña demostración? Como si fuéramos cuarentonas que se reúnen cada finde para enseñar sus mierdas. ¿Cómo lo llamamos?

¿Una breve sesión de... chronoware? ¿Tuppertime? Ñe. No soy buena con esto del marketing. Lo mío es destruir realidades, qué le voy a hacer. ¿Qué te parece si tomas asiento y descubres el poder que estás destinada a dar cuerda?

Alzó su brazo izquierdo hacia arriba, imitando el minuterero de un reloj yendo hacia atrás. Se produjo un zumbido cerca de donde me encontraba. Un cúmulo de polvillo de la esquina tembló como si le diera un ataque de tos. Le envolvió el aura esmeraldina que tanto conocía y en un santiamén se convirtió en una silla que debió de haber ardido en algún incendio perdido en el pasado. El asiento recién restaurado flotó hacia donde me encontraba. La cadena de agujas frías y afiladas que me mantenía atrapada tiró de mi para que me sentara. Fue cómo si me envolviera el fugaz abrazo de un cuchillo gigante. No pude evitar pegar un grito de dolor.

—¿Cómoda? ¿Sí? ¡Me alegro! Y ahora, a lo nuestro: demostrar la utilidad de la cronomanía liberada, desatada. Pongamos un caso práctico, ¿te parece? No sé, por decir algo: el asesinato de una sirena cantante en su camerino.

Apocalíptica realizó un movimiento que me hizo pensar en un mimo macabro. Cogió el aire invisible con ambas manos, como si fuera el borde de una cortina o de una tela. Cuando realizó la acción de arrancar lo que tenía entre manos, me di cuenta que lo que extirpó fue en realidad una hoja de calendario; el lugar en el que nos encontrábamos, con las antorchas, el pasillo, los cuadros... se convirtió en un dibujo, una página que desapareció como si fuera un mes del almanaque que cae hacia el suelo realizando un vaivén. Nosotras no nos aplanamos y desvanecemos como todo lo demás. Permanecemos unos instantes en un fondo oscuro hasta que surgió una nueva hoja de calendario: la escena del crimen que había abandonado hace unas horas.

Nos adentramos en esa escena. Nos fusionamos en ella.

Retiré mis pies hacia atrás todo lo posible para no mancillar el charco de sangre aguada que rodeaba a la sirena asesinada. Sí. El camerino estaba perfectamente recreado. No había ningún error.

Admití para mis adentros que era muy buen truco. Muy poderoso. Yo era capaz de retroceder en el tiempo, pero solo dentro

de un espacio limitado. Ahora bien, ¿invocar un pasado de un lugar geográfico lejano? Aquí había alta magia en acción.

—¿Sorprendida? Solo era el aperitivo. Si me aceptas, Chrony de mi corazón, no tendrás que ir dando vueltas por Londres como un péndulo desamparado en busca de pistas. Observa.

Dejó la palma abierta. Justo encima se materializó un reloj de arena. Su parte inferior parecía que explotaría de arenilla acumulada; tardaría eones en hacer la digestión. Cuando le dió la vuelta, la escena se rebobinó. Vi el asesinato de Tragedia Océanica hacia atrás. Otra vez los arponazos. Otra vez las apariciones. Otra vez la misteriosa carta con el maleficio que convirtió en cenizas a la Teniente.

—Esto ya lo sé hacer —protesté.

El reloj de arena casi se estampa contra el suelo y se hace añicos, pero el pie desnudo y repleto de cicatrices de Apocalíptica logró sostenerlo a tiempo. Lo elevó hasta que su dueña volvió a tener el objeto en sus manos. Me observaba con la boca abierta.

—Chrony... ¡tus primeras palabras! ¡Sabes hablar! Casi tiro el chirimbolo al suelo de la sorpresa.

—Ya sé rebobinar una escena del crimen —dije, haciendo caso omiso de sus comentarios—. No te necesito.

—Sabes rebobinar un lugar. Muy bien, bravo. Ya te sabes el 2+2 de la cronomanía. ¿Y una vida?

—¿Qué estás...?

—¿Sabes rebobinar una existencia entera?

Habíamos retrocedido hasta el momento en el que Tragedia entraba en el camerino, empujando su silla de ruedas. Hacía unas horas, en el teatro, en compañía de la Teniente, mi poder cronomántico había logrado hacer rewind hasta ahí. No hubiera conseguido arañar ni un segundo más porque no puedo seguir a la persona que estoy haciendo retroceder si esta abandona la sala. Pero en cambio nosotras, Apocalíptica y yo, abandonamos la habitación junto con la sirena. La proyección temporal se fundió en negro, fluctuó y de repente se encendió de nuevo. Estábamos en el pasillo, en los entrebastidores del Apollo Theatre. Seguimos la trayectoria de la Tragedia inversa. La proyección se fue actualizando

hasta que llegamos al escenario, donde la cantante realizó anti-reverencias a un público que en lugar de dar aplausos los parecía guardar dentro de sus palmas.

—Imposible... ¿cómo has conseguido esto?

Apocalíptica me respondió señalando sus dos ojos en forma de relojes en constante movimiento.

—Ya te lo he dicho, Chrony. Acepta tu poder. Aceptáme y podrás resolver tus crímenes en solo un episodio en lugar de invertir una temporada entera. Encontrarás al asesino en menos que canta un cucut. Conseguirás...

—¡Para, para el rebobinado!

Con un chasquido de dedos, la caída de granitos del reloj de arena se detuvo. Como consecuencia, también se paró la secuencia invertida de los acontecimientos.

—Esa mirada...—murmuró Apocalíptica—. Has detectado algo. Una pista.

Asentí sin darme cuenta que daba la razón a mi peor enemiga.

Me encontraba sentada al lado de Tragedia. Desde mi posición, veía el patio de butacas. Notaba las manchas temporales de Pasión e Ilusión que me habían nutrido de frescor hacía solo unas horas. Solo que ahora veía a las personas que generaban tanta energía positiva. Brotaba de sus sonrisas de felicidad, sus ojos brillantes, sus manos a punto de impactar para regalar a la sirena el más merecido de los aplausos.

Todo el mundo en pie. Todas las butacas llenas.

Menos dos asientos. Filas 4. Butacas 14 y 16. Súper centradas. Súper codiciadas, estaba segura de ello. Estaban repletas de otro tipo de manchas temporales. Carmesíes. Ardientes como un arma recién forjada para usarse en una venganza. Bullientes como magma deseosa de ser expulsada por su amo, el volcán. Me hicieron sudar de solo observarlas. Aceleraron mi respiración. La convirtieron en el bufido de un toro que expulsa violencia por sus fosas nasales antes de embestir a su víctima. Tensaron mis músculos hasta que sentí una leve posibilidad de romper el aro que me atrapaba y de retorcerlo hasta convertirlo en un montón irreconocible y desechable.

Tuve que calmarme. Contar hasta diez unas cuantas veces. Recordarme de exhalar pausadamente por la boca.

El Tiempo acumulado de Ira es altamente contagioso si lo observas durante mucho rato.

Cultivar manchas temporales hasta que llegan a tal efervescencia... eso no se logra de la noche a la mañana. No se consigue con una sola función. No. Se fermenta viniendo casi cada día. Se nutre, se hace crecer, observando durante horas el escenario y permitiendo que la rabia se apodere de ti con tanta fuerza que acaba impregnando los asientos.

—Rebobina más.

—¿Hum? —Apocalíptica dejó de comer lo que sea que habitaba en sus mechones revueltos y me miró sorprendida.

—Rebobina y enséñame otras funciones anteriores. ¿Puedes hacerlo, no?

Con otro chasquido, los granos de arena volvieron a descender por el reloj. Solo que esta vez cayeron a cámara rápida. La proyección temporal se aceleró. En un solo pestañeo se desarrollaban funciones enteras. Tuve que cerrar los ojos un momento para evitar vomitar.

—Si pestañeas te lo vas a perder, Chrony

Reaccioné a la puya de mi enemiga. Miré. Nos encontrábamos en plena función del musical. El patio de butacas se encontraba a oscuras. Pero en los dos asientos, en los dos nidos de Tiempo de Ira, había dos personas sentadas. Observando. Dedicando minutos de su vida a crear enfado, rabia, cólera.

¡Estaba demasiado oscuro!

—¡Retrocede hasta antes de que empezara la función, cuando se iban a apagar las luces!

—¿Quiere que lo haga?

—¡Sí!

—¿Quieres conocer a tus dos sospechosas?

—¡Hazlo!

Grité un “¡no!” mudo cuando el reloj de arena estalló contra el suelo. Al acto, la proyección temporal se difuminó. Regresamos a la oscuridad fría y desangelada del pasillo de la Catedral Sin Nombre.

—Fin del período de prueba, querida usuaria —dijo Apocalíptica con exagerada voz de robot—. Si quiere seguir utilizando Chronopower 2000, tendrá que pagar su licencia.

Se acercó. Se inclinó lentamente, como el telón que cae tras la última de las representaciones para no volver a levantarse, hasta que sus ojos quedaron a la altura de los míos.

—Acéptame, Chrony. Acéptame y resolverás el caso enseguida. Con un chasquido podrás rebobinar tú misma la escena, detectar a las personas malas.

No la escuches, me decía. No la escuches. No la escuches. No la...

—Nadie más saldrá herido.

Mierda. ¿Por qué tuvo que decir eso?

Suspiré. Tenía que hacerlo. Tenía que intentarlo.

Me pregunto si la gente normal piensa a menudo en quiénes serían si decidieran desviarse, adentrarse en la senda de la corrupción, de la maldad. En quiénes serían si un día decidieran que llegó el momento de que ese súbito pensamiento de aplastar la cabeza de su compañero de trabajo, de su pareja, de su madre, sea algo más que eso, un simple pensamiento. Pasar de la intención a un acto tan tangible como sangriento.

Yo no pienso en esas cosas. No necesito imaginar qué podría ser de mí si decidiera descender por los siempre presentes escalones que llevan al sótano de mi alma. No. No necesito especular.

Solo necesito mirar a la yo que se me aparece cada vez que tengo esa oportunidad de bajar hacia profundidades insospechadas.

En esa ocasión, me permití el riesgo de perderme en sus agujas que se movían por sus iris como sanguijuelas hambrientas. Me permití dejarme arrastrar en su ciénaga hasta que solo mi cadáver podrido emergería de ella. Me permití eso y mucho más.

Me metí tan adentro que, si alguien hubiera colocado un espejo ante mi presencia, no hubiera visto a Chronica Spellbound al otro lado.

Habría visto el precio a pagar.

—La... mano... —conseguí decir tras unos segundos de reflexión.. Me sentía extenuada tras zambullirme y dejarme impregnar por todo ese lodo esmeraldino. Ese fango desquiciado que habitaba en sus ojos.

—¿Qué hago con tu mano? ¿Me la como?

—Los tratos se hacen... bien. Déjame... estrechar tu mano. Te permitiré que me desbloquee... todo... Te envidio. Es genial todo lo que sabes... hacer...

—¡Al fin! ¡Lo sabía! ¡Sabía que si me dabas una oportunidad entenderías el gran regalo que te dio Padre al nacer!

Apocalíptica se irguió y dio un sonoro aplauso.

—A la una en punto, te convertirás en la Hechicera más poderosa, Chrony. Todos te admirarán. Tu querida Teniente Ash Winchester te convertirá en su digna sucesora. Tus compañeras de piso se pelearán por acaparar tu atención. ¡Londres entera se postrará ante ti, la gran defensora! Con un chas atraparás a los villanos. Con un paf acelerarás sus vidas hasta convertirlos en cenizas. Serás imparable. Imbatible. Incansable. A las dos clavadas, aceptarás más y más casos. Integrarás más y más Cuentas Atrás. Londres se te quedará pequeña. Primero vendrá Reino Unido, luego Europa, luego el Mundo. Lejos de ver menguadas tus fuerzas tras tanto esfuerzo, crecerás. Te harás más poderosa. Suficientemente poderosa según tus baremos. Demasiado poderosa según los demás. La gente que tanto te admiraba empezará a temerte, a envidiarte. Sobre las cinco, el Conciliábulo tratará de frenarte usando los mismos métodos con los que apresaron a Padre. Pero él ya contaba con eso. No funcionará. Lo único que lograrán es enfadarte, hacerte sentir ultrajada. Acabarás con el Conciliábulo. Acabarás con tus aliados. Acabarás con todos. Y una vez el Mundo esté formado por un desierto de arena para tu próximo reloj, te darás cuenta. A las nueve, descubrirás que existen otras líneas temporales con más traidores, mas falsos, más villanos. Abrirás los tejidos que llevan a esos lugares. Acabarás con todo de nuevo. Y otra vez. Y otra vez. Y otra vez. ¡Hasta el infinito! Jijijijiji. Porque nada acaba, Chrony, ¡nada puede terminar! Nuestra cacería no podrá terminar, querida. Traspasarás el umbral de la locura si es

necesario. Y alcanzarás otros umbrales. Oh, sí. Otros lugares oscuros que nadie conoce todavía. Solo tú lo harás, Chrony. Solo. Tú.

Dio otro aplauso.

—¡Y será genial porque entonces no seré la única que conocerá mi sufrimiento! ¡Seremos dos! ¡Seremos amigas! ¡Para siempre! ¡Sabía que lo entenderías! Mi plan estaba muy bien elaborado. Sin fisuras de ningún tipo. Bueno. Solo una.

Me observó con ojos que han visto lo que se arrastra más allá de la demencia.

—La fisura que crecerá dentro tu cabecita cuando toque la medianoche. Y ahora, la mano.

Con un chasquido, obligó al aro que me recluía a expandirse. Libre al fin. No me di cuenta de que era la fuerza de las manecillas las que me mantenían erguida hasta que me caí de bruces al suelo. No me di la barbilla contra las frías baldosas de milagro. Logré sostenerme con ambas manos.

—¿Por qué tardas tanto, Chrony? ¿Te has olvidado cómo era eso de ponerse de pie?

Nada más levantarme, me esperaba la mano extendida de Apocalíptica. Una palma que parecía un desierto de sangre agrietada.

—Chócala, mi nueva mejor amiga para siempre.

Las amigas que he tenido, hasta que han dejado de serlo, siempre me han dicho que en los momentos importantes de su vida, el tiempo les iba a cámara lenta. A mi nunca me había pasado, quizás porque el Tiempo con t mayúscula hace conmigo lo que le viene en gana.

Pero en esta ocasión sí que decidió ralentizarlo todo. Durante lustros, vi cómo la sonrisa de Apocalíptica se curvaba tanto que temí que su filo llegaría a hacerle un tajo en la mejilla. La trayectoria de mi mano hacia la suya tardó milenios enteros. Durante toda esa eternidad, temí que sus ojos, vibrantes y caóticos, dejarán de prestarme atención, se desviarán hacia abajo. Solo ocurrió cuando se produjo el choque y su sonrisa dedicó incontables eones en

desintegrarse, quebrarse con el mismo dolor de un imperio largamente establecido.

Supuse que Apocalíptica miró hacia abajo al extrañarse de no sentir el tacto de mi mano aún sana, aún cuerda. Las manecillas de sus ojos se detuvieron en un milagro imposible cuando detectaron qué estaba ocurriendo, cuando entendieron cuál era mi plan.

El tiempo volvió a su cauce normal justo cuando atrapé la mano de mi enemiga con mi otra mano suelta, para que no se soltara.

—¿Pero dónde has comprado estos guant...?

No quise darle el segundo que le faltaba para acabar su chascarrillo. Cogí con fuerza su mano atrapada entre las mías y di vueltas sobre mi misma como una lanzadora olímpica de martillo. Mi plan al soltarla era que se diera de bruces contra uno de los cuadros de las paredes. Se estampó contra una armadura de piezas peor ensambladas de lo que pensaba. Tanto mejor.

—¡Si eres una cagada de miedo! —me gritó Apocalíptica mientras se levantaba del montón de accesorios de metal en que se había convertido el armatoste—. ¿Cómo has podido? ¿Qué son esas cosas?

Alcé mis dos puños como una boxeadora. Estaban recubiertos por algo que a primera vista parecían unos guanteletes azul eléctrico. Pero si te quedabas un ratito mirando, descubrías que las protecciones estaban formadas por partículas que se movían inquietas, nerviosas, con ganas de actuar.

Lástima que no pudiera patentarlo. Seguro que me haría rica vendiendo Guanteletes Impregnados de Tiempo de Determinación de Ash Winchester. Ya hasta me imaginé la voz de teletienda: “Si no consiguen que supere sus miedos hasta el punto de arrearles una hostia, les devolvemos el dinero”.

—¡El azul te queda fatal! —Apocalíptica ya se había puesto de pie.

Invocó sus manecillas retorcidas y las unió para convertirlas en una peligrosa cadena. Corrió hacia mi.

Dediqué una breve ojeada de agradecimiento a la libreta de la Teniente tirada al suelo. Se me había caído del bolsillo justo antes

de casi estamparme contra el suelo. Por suerte, pude recopilar suficiente Determinación de sus hojas antes de levantarme y usarla para crear estos accesorios que no solo me dieron poder sino que me protegieron del tacto de Apocalíptica.

Corrí hacia mi contrincante.

Sí. En ese instante no era mi pesadilla. No era aquello que más temo. No era la razón por la que huyo siempre hacia adelante. No. Nada de eso. Era mi contrincante. Mi rival a batir.

Dios, necesito encontrar una forma de reproducir más Tiempo de Determinación de la jefa. Si estuviera en stock en Amazon ya habría agotado todas las existencias.

Dimos el salto prácticamente a la vez. Mi chillido se fusionó con el suyo.

¡Pam!

Fue como golpear mi reflejo.

—¿No crees que ha sido demasiado fácil? —gruñó Apocalíptica, cuatro minutos después.

Me las había ingeniado para cogerla de los pocos retazos de cazadora cercanos a su cuello. Ya había desistido de intentar restaurar su sonrisa afilada; había entendido que a la mínima la ablandaría a martillazos. Aún así las manecillas de sus ojos se movían juguetonas, como si bailaran.

No me gustaba su actitud.

—¿Qué quieres decir?

La solté. Cayó contra la pared del pasillo. Apoyó su espalda contra el muro y me miró desde abajo. Trataba de recuperar la respiración.

¿Fácil? Había tenido que recurrir al tiempo acumulado de otra persona para dejar su cuerpo repleto de moratones y con la mayoría de sus huesos rotos.

—Ya sabes a qué me refiero. La Apocalíptica auténtica, la de verdad, no te hará un espectáculo previo. Se adueñará de tu cuerpo y punto.

—¿La auténtica? ¿Quién eres tú?

—¿Yo? Soy... un aviso. Sí, un teaser trailer. Un “próximamente en los mejores cines”. Solo que al contrario que los tráilers de hoy en día, yo me he dejado las escenas más trepidantes para la peli de verdad. La auténtica Apocalíptica llegará, Chrony. En esta Cuenta Atrás. Te lo has currado hasta ahora para evitarla, lo reconozco, pero...

Me froté los ojos para confirmar lo que estaba viendo. ¿Estaba Apocalíptica difuminándose? Su existencia parpadeaba como un fantasma.

—... pero... —logró continuar— tus poderes limitadillos de ahora de nada te servirán paa enfrentarte al ser que hay detrás de la muerte de Tragedia. Vas a necesitar a la Apocalíptica auténtica para acabar con el malo de turno... y cuando eso... cuando eso ocurra...

Cada vez se transparentaba más, y sus difuminaciones duraban más tiempo. Estaba segura de que en nada, la Chronica Apocalíptica que tenía delante, fuera lo que fuera, se apagaría para siempre.

—¿Dónde está? ¿La Apocalíptica auténtica? Acabaré con ella.

Fue la Determinación lo que dijo eso. Había más Winchester que Spellbound en ese tono.

—Puede que esté entre el maremagnum apocalíptico que tienes ahí detrás.

Y la rival magullada que había conseguido tumbar desapareció. Con un atisbo de su sonrisa afilada de siempre.

—¿Qué has querido decir con...?

Me giré.

—No. No. No. No.

Hasta la Determinación en forma de Guanteletes perdió durante un instante su brillo al ver lo que tenía detrás. Al ver lo que llenaba el pasillo.

—Chronyyyyyyyyyy...

—Eh, Chrony, ¿me has echado de menos?

—¿Qué tal si la ganadora es la mejor de tres rondas?

—Que sean cuatro. Yo también quiero luchar.

—¿No creéis que deberíamos numerarnos o algo? Para que Chrony pueda diferenciarnos.

—Dudo que existan cifras suficientes para etiquetarnos.

Una legión de Chronicas Apocalípticas avanzaba con parsimonia hacia mí. Algunas llevaban cadenas. Otras portaban relojes de arena con mechas encendidas, como si estuvieran a punto de explotar. Unas pocas tenían los brazos en forma de enormes minutereros. Pese a sus diferencias, todas tenían algo en común:

Parpadeaban. Como la versión de mi enemiga a la que acababa de derrotar.

Así que las piezas me empezaron a encajar. Ya entendía por qué la Apocalíptica de antes había sido tan amable, por así decirlo. Y por qué había desaparecido. Y por qué las de enfrente eran tan inconsistentes.

Y, lo más importante: ya sabía por qué mi voz cronomántica no me había dicho nada.

Mi voz solo me avisa cuando estoy en peligro.

Y en ese instante, aunque no lo pareciera, no estaba en peligro.

Estaba bajo un hechizo, eso sí.

Un hechizo que era, ¿cómo decirlo?, primo hermano del conjuro que había matado a Tragedia.

Un hechizo de Ilusión.

Choqué mis puños enguantados. Un pequeño relámpago brotó entre ellas.

Tocaba destruir ilusiones a puñetazo limpio.

Cuenta atrás nº6 finalizada: Siempre dicen que no hay que ser muy dura con una misma. Y es cierto. No voy a ser dura. No. Voy a ser hardcore.